

**PRINCIPIOS Y TÓPICOS DEL IRRACIONALISMO
FILOSÓFICO-LITERARIO EN LA OBRA DE JULIO
RAMÓN RIBEYRO**

**PRINCIPLES AND TOPICS OF PHILOSOPHICAL-
LITERARY IRRATIONALISM IN THE WORK OF JULIO
RAMÓN RIBEYRO**

**PRINCÍPIOS E TÓPICOS DO IRRACIONALISMO
FILOSÓFICO-LITERÁRIO NA OBRA DE JULIO RAMÓN
RIBEIRO**

Ronald Antenor Espinoza Aguilar

Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, Perú
ronald.espinoza1@unmsm.edu.pe
ORCID: 0000-0002-3753-0887

Recibido: 29/06/22

Aceptado: 10/08/22

Resumen

El presente artículo aborda el rol de los principios y principales tópicos filosóficos, así como la influencia del irracionalismo filosófico voluntarista y existencialista en la obra de Julio Ramón Ribeyro (1929-1994). En ella, se aprecia una preocupación constante por temas filosóficos como el absurdo, la libertad, la soledad, la maldad congénita del ser humano, el sentido de la existencia, el azar, el tiempo circular, la imbricación, etcétera. A través de la lectura de filósofos como Hobbes, Nietzsche, Heidegger y Sartre, al igual que la de escritores como Dostoievski, Kafka, Hesse, Beckett, Borges y Camus, Ribeyro estructuró y configuró una concepción irracionalista del mundo: por ello, su obra se erige, en gran medida, sobre estas bases filosófico-literarias que constituyen la columna vertebral de su poética.

Palabras claves: Ribeyro, irracionalismo, filosofía-literatura, intertextualidad, discurso.

Abstract

This article addresses the role of principles and main philosophical topics, as well as the influence of voluntarist and existentialist philosophical irrationalism in the work of Julio Ramón Ribeyro (1929-1994). In it, there is a constant concern for philosophical issues such as the absurd, freedom, loneliness, the congenital evil of the human being, the meaning of existence, chance, circular time, overlapping, and so on. Through the reading of philosophers such as Hobbes, Nietzsche, Heidegger and Sartre, as well as that of writers such as Dostoevsky, Kafka, Hesse, Beckett, Borges and Camus, Ribeyro structured and configured an irrationalist conception of the world: For this reason, his work is built, to a great extent, on these philosophical-literary bases that constitute the backbone of his poetics.

Keywords: Ribeyro, irrationalism, philosophy-literature, intertextuality, speech.

Resumo

Este artigo aborda o papel dos princípios e principais tópicos filosóficos, bem como a influência do irracionalismo filosófico voluntarista e existencialista na obra de Julio Ramón Ribeyro (1929-1994). Nele, é possível perceber uma preocupação constante com questões filosóficas como o absurdo, a liberdade, a solidão, o mal congênito do ser humano, o sentido da existência, o acaso, o tempo circular, o entrelaçamento etc. Através da leitura de filósofos como Hobbes, Nietzsche, Heidegger e Sartre, além de escritores como Dostoiévski, Kafka, Hesse, Beckett, Borges e

Camus, Ribeyro estruturou e configurou uma concepção irracionalista do mundo: por isso, sua obra se destaca, em grande parte, sobre esses fundamentos filosófico-literários que constituem a espinha dorsal de sua poética.

Palavras-chaves: Ribeyro, irracionalismo, filosofia-literatura, intertextualidade; fala.

Introducción

En la obra de Julio Ramón Ribeyro (1929-1994), los principios y los tópicos filosóficos son parte fundamental de su visión del mundo y de la estructura de su universo ficcional. También, lo es la clara influencia del irracionalismo filosófico voluntarista y existencialista de los siglos XIX y XX. De ellos, destaca el influjo de Schopenhauer, Nietzsche, Heidegger y Sartre. Esta forma del pensamiento humano considera que la realidad, la verdad y la vida no son accesibles a través de la razón, sino mediante algunos impulsos inexplicables como la intuición, la voluntad, la existencia, etcétera. Como tendencia general del pensamiento filosófico se expresa de tres maneras: 1) el irracionalismo ontológico de carácter nihilista, fundamentado en la idea de que el ser no posee sentido alguno (que es absurdo, ilógico, paradójico) y que la realidad se rige por principios no racionales, tales como el azar y el eterno retorno; 2) el irracionalismo gnoseológico de carácter agnosticista, basado en la noción de que la verdad es incognoscible por medio de la razón y que a ella solo se accede por medio del instinto o la intuición; 3) el irracionalismo antropológico de carácter solipsista e individualista, que sostiene que el mundo se reduce a la experiencia individual y que la libertad del hombre se alcanza solamente en la más absoluta soledad.

Del irracionalismo literario es notorio el influjo de Jorge Luis Borges, quien no solo asimiló en su universo ficcional los principios filosóficos voluntaristas provenientes de Schopenhauer y Nietzsche, sino también algunos de los principales fundamentos del idealismo subjetivo de John Berkeley, David Hume, Alexius Meinong y Bertrand Russell. De los dos filósofos

alemanes adoptó la concepción cíclica del movimiento (la idea del tiempo circular y el mito del eterno retorno), la noción del tiempo y el espacio como proyecciones mentales (la idea de la eternidad del instante y la idea de la realidad como una continuidad sin tabiques para el conocimiento humano) y la creencia de la insignificancia del individuo, principios que lo condujeron a estructurar una perspectiva subjetiva y escéptica de la realidad en su literatura. De los otros pensadores adoptó la concepción gnoseológica solipsista, la cual reduce la realidad a un “complejo de sensaciones”.

De la vertiente existencial, sobresale la influencia de Fedor Dostoievski, Franz Kafka, Hermann Hesse, Cesare Pavese, Albert Camus y Samuel Beckett, quienes plasmaron algunas de las ideas filosóficas provenientes de Soren Kierkegaard, Martin Heidegger y Jean-Paul Sartre. Entre esos preceptos filosóficos literaturizados destacan la configuración de la realidad como un espacio paradójico (absurdo), el rol fundamental del azar en el desenvolvimiento del mundo, la sociedad como una maquinaria otrificante (que animaliza, cosifica o desontologiza al hombre), la angustia como factor desontologizante del ser humano, la existencia como último reducto de la vida, etcétera. Con estos principios, estos escritores, conformaron una perspectiva pesimista de la realidad y representaron a sus personajes como seres marginales, solitarios, melancólicos, indecisos, frustrados e ilusos.

Julio Ramón Ribeyro adoptó varias ideas fundamentales de estas formas de pensamiento y las literaturizó en su universo ficcional. Así, tanto en su obra reflexiva y en sus entrevistas, se aprecia una preocupación constante por los tópicos y principios filosóficos antes mencionados. Asimismo, allí se aprecia un interés manifiesto por su propia formación filosófica personal —hecho del cual existen indicios y pruebas en *La tentación del fracaso*, *Prosas apátridas*, *Cartas a Juan Antonio* y *Dichos de Luder*— a través de la lectura de los escritos de filósofos como Platón, Aristóteles, Séneca, Luciano, Epicteto, Marco Aurelio,

Descartes, Montaigne, Hobbes, Rousseau, Voltaire, Diderot, Pascal, Spinoza, Friedrich Nietzsche, Martin Heidegger y Jean-Paul Sartre, así como de la lectura de escritos literarios con carácter filosófico pertenecientes a Fedor Dostoievski, Franz Kafka, Hermann Hesse, Samuel Beckett, Jean Genet, Jorge Luis Borges y Albert Camus.

Todas estas lecturas le permitieron configurar y estructurar una concepción irracionalista del mundo. Luciano, Descartes y Montaigne lo acercaron al escepticismo (tendencia que establece la duda permanente en el proceso del conocimiento) y al agnosticismo; Pascal, Nietzsche, Heidegger y Sartre lo convencieron de la inevitabilidad del nihilismo, es decir, del fracaso de la razón, de lo absurdo de la existencia y de la disolución del ser en la nada; Séneca, Epicteto y Marco Aurelio lo aproximaron al estoicismo, doctrina que predica la aceptación serena del dolor y la resignación ante el sufrimiento; Dostoievski, Kafka, Hesse, Beckett, Genet, Borges y Camus lo condujeron hacia una forma larvaria de solipsismo —doctrina que propugna la reducción del mundo o de la realidad al yo, y que en el caso de Ribeyro fue interpretado como el fracaso de la coexistencia humana y la necesaria exaltación del individualismo extremo, encarnadas en la noción del hombre solitario y del hombre rebelde, ideas presentes en *El lobo estepario* y *El extranjero*, respectivamente— y lo sumergieron en el gris pesimista del irracionalismo.

El rol de los principios filosóficos en el universo ribeyriano

El autor de *Dichos de Luder* desarrolló tres principios fundamentales en su universo ficcional: el azar, la imbricación y el tiempo cíclico o circular. Nociones que provienen del irracionalismo filosófico-literario de las dos centurias pasadas. De ellos adoptó, en lo medular, la idea de la vida como sufrimiento, la concepción del tiempo como eterno retorno, la perspectiva de la marginalización social extrema, la noción de la animalización

del ser humano, la visión pesimista de la vida, la idea de la soledad radical del individuo, la creencia en la ambigüedad de la realidad, la propuesta anarquista de la libertad y la concepción de lo absurdo de la existencia.

El hipotexto de esa tendencia híbrida —predominante en los momentos críticos del siglo XX y cuyo pesimismo provenía del holocausto de las dos guerras mundiales y el horror hacia la miseria congénita de la sociedad capitalista— estaba compuesta por el escepticismo, agnosticismo, solipsismo y el nihilismo. Estas formas de pensamiento le sirvieron para estructurar, en el hipertexto de su obra, una visión personal del mundo a través de la escritura reflexiva, pero también para configurar su universo ficcional.

Así, uno de los principios que aparece en el universo ribeyriano es el *azar*. Idea que proviene de la mayoría de los filósofos y escritores irracionistas: Schopenhauer, Nietzsche, Beckett, Borges, Sartre y Camus. Para ellos, el azar es una de las principales fuerzas oscuras que rigen el universo, lo cual significa que el mundo no está determinado ni regido por ninguna ley de la razón, de la lógica o de la naturaleza. Así, por ejemplo, en “El sur” de Borges, en “El muro” de Sartre y en *El extranjero* de Camus, esa fuerza irracional es determinante para el desarrollo de la trama de la diégesis y para el destino de los protagonistas. En la última obra, el narrador-protagonista menciona algo que es fundamental para el esclarecimiento del homicidio en el cual se encuentra involucrado: “El Procurador [...] querría saber si yo había vuelto al manantial con la intención de matar al árabe. ‘No’, dije. ‘Entonces, ¿por qué estaba armado y por qué volver a ese lugar precisamente?’ Dije que era el azar” (Camus, 2008, p. 84).

En una entrevista que concedió a Efraín Kristal, Ribeyro afirmó: “Yo estoy cada vez más convencido de que no existen reglas. [...]. Todo es un producto del azar, de la improvisación de fuerzas así, absolutamente incontrolables. Nunca se sabe lo que va a pasar, todo está sometido a lo imprevisto” (*Las respuestas*

del mudo, 2015, p. 353). Esa creencia suya —que rige su universo ficcional y que se extiende a su perspectiva indeterminista de la historia— la plasmó, según lo que manifestó, en su novela *Cambio de guardia* (1976) y en sus cuentos titulados “La insignia” (1952), “La piedra que gira” (1961), “Los otros” y “El banquete” (1958).

En la primera obra mencionada, el *azar* permite que la vida de las élites y los marginales se entrecrucen para configurar un entramado complejo; en la segunda, el hallazgo de un objeto conduce a un individuo a descubrir el sin sentido del mundo y a escalar de rango por razones desconocidas; en la tercera —cuento bastante similar a “El muro” de Sartre—, el azar hace confluir en un mismo punto (el pueblo de Vézelay, Francia) la vida y la muerte de algunos conocidos suyos durante su infancia; en la última, se aprecia como el azar —encarnado en la forma de un golpe de Estado, mediante el cual se destituye a un presidente de la república, amigo del protagonista— destruye los afanes arribistas de un sujeto iluso.

El segundo principio presente en su universo ficcional es la *imbricación*, ligado al principio de causa-efecto y presupone que los objetos, las personas, los actos humanos, los fenómenos y los entes, en general, se encuentran en recíproca interacción e interdependencia, es decir, que están íntimamente relacionados entre sí, al punto de que el mínimo movimiento, desplazamiento o cambio de uno de ellos altera la estructura y la dinámica total de la realidad y el universo. Esta idea fue utilizada por los filósofos de tendencia irracionalista como Schopenhauer para sustentar el principio de razón suficiente (en *La cuádruple raíz del principio de razón suficiente*) —según el cual, el acontecimiento de un hecho inexplicable ocurre por una determinada razón, no visible pero existente—. Esta noción, también, fue utilizado por Borges para justificar el accionar de fuerzas desconocidas —el destino y el azar— en “El jardín de los senderos que se bifurcan” o de voluntades incomprensibles como en “El Golem” y “El inmortal”.

Al respecto, Ribeyro reflexiona en su diario y manifiesta que “El desplazamiento de una persona produce el trastorno de todo el microcosmos” (1992, p. 164). Bajo esta premisa consideraba que cualquier acto acontecido en la realidad alteraba en gran medida el entretejido complejo del universo: “Basta que yo maniobre mi andar o me detenga ante un escaparate para que toda la circulación de peatones sufra de inmediato una modificación en apariencia ínfima pero cuyas repercusiones son literalmente infinitas” (*La tentación del fracaso*, 1992, p. 125). Sobre esta misma idea, en su novela *Crónica de san Gabriel* (1960), señala: “Un gesto, una palabra, ponían al microcosmos en revolución” (p. 31).

Ribeyro empleó este principio filosófico con matiz irracionalista de manera evidente en su novela *Cambio de guardia*, con la finalidad de resaltar la inevitable interacción entre las personas de orígenes y ocupaciones disímiles y así exponer la correspondencia necesaria entre los fenómenos —por ejemplo, la justicia del reclamo de los obreros mediante una huelga, la corrupción de las autoridades que reprimen ese suceso y la codicia insana de los empresarios que manipulan maquiavélicamente el desenlace de ese evento— y, para graficar la mecánica incomprensible del azar. Al respecto, Gutiérrez (1988) señala:

El principio que Ribeyro denomina de la “imbricación” apunta, [...], al concepto de realidad, [...] que para el pensamiento dialéctico constituye *la totalidad*, [...], una categoría que concibe la realidad como un todo estructurado, que se crea y desarrolla, y cuyas leyes [...] es posible conocer. (p. 130)

El tercero es el del *tiempo cíclico*, circular o la creencia en el mito del eterno retorno que sustenta la rueda del destino, aparece de manera reiterativa en el discurso irracionalista y en los textos de filósofos y escritores de esa tendencia. Es una idea recurrente en Schopenhauer y Nietzsche y una temática constante que aparece en *Ficciones*, *El Aleph* e *Historia de la eternidad*

de Jorge Luis Borges. También lo es en *Siddhartha* de Hermann Hesse, “El muro” de Jean-Paul Sartre y en *Esperando a Godot* de Samuel Beckett. Por ejemplo, en esta última obra la trama gira en torno a la vida amodorrada de dos personajes —Vladimir y Estragón—, cuyas historias se repiten sucesivamente hasta generar una sensación de molicie y hartazgo en los espectadores, y una noción bastante clara del sinsentido del tiempo y la realidad.

Influido por el discurso irracionalista, en esta materia, Ribeyro declara en una de sus entrevistas: “Tengo la tendencia a pensar que las cosas siempre se van repitiendo. Con diferentes nombres, en diferentes circunstancias, con otros pretextos, pero las situaciones son análogas” (*Las respuestas del mudo*, 2015, p. 102). Su adhesión a la concepción cíclica o circular del tiempo la hace extensiva a su perspectiva de la historia. Así, declara: “Tengo una concepción circular de la historia” (2015, p. 103). Y, en otra ocasión, en una entrevista concedida a Jorge Coaguila, agrega: “La historia no es lineal, [...] hay el eterno retorno” (*Ribeyro, la palabra inmortal*, 2008, p. 93).

Este escritor limeño pensaba no solo que el universo y la vida transcurrían según el movimiento azaroso de la rueda del destino, sino que también creía en el indeterminismo histórico, es decir, que la historia de la humanidad era parte de esa mencionada rueda y que su transcurrir no estaba sujeto a leyes causales, lógicas o racionales. En el preámbulo a su novela *Cambio de guardia*, escribe: “las sociedades tienden a veces a efectuar movimientos pendulares o circulares y en estas condiciones lo pasado puede ser lo futuro, lo presente lo olvidado y lo posible lo real” (p. 11).

El autor de *La palabra del mudo*, también hizo extensiva la idea del tiempo circular en la configuración de su universo ficcional. Este principio aparece clara y recurrentemente en varios de sus relatos. Por ejemplo, en “Página de un diario” (1952), el que asume el rol de narrador-personaje tiene la sensación

—luego de asistir al velatorio de su padre— de que él es una continuación de la existencia de su progenitor:

Comprendí, [...], que mi padre no había muerto, que algo suyo quedaba vivo en aquella habitación, impregnando las paredes, los libros, las cortinas, y que yo mismo estaba como poseído de su espíritu, transformado ya en una persona grande. “Pero si yo soy mi padre”, pensé. Y tuve la sensación de que habían transcurrido muchos años. (p. 174)

En “La piedra que gira” (1961), uno de los personajes recuerda cómo su hermano fue fusilado en el mismo lugar en el que solían masturbarse de adolescentes, de esa manera confluyen, en un único punto, el inicio de la vida y la sombra final de la muerte. En “El carrusel” (1967), la trama del relato se inicia y termina en un mismo suceso; y, la última página es idéntica a la primera. Esta es una idea que aparece en “El jardín de los senderos que se bifurcan” (1941) de Borges y que probablemente haya sido desarrollada por Ribeyro. Al respecto, el escritor argentino sostiene: “de qué manera un libro puede ser infinito. No conjeturé otro procedimiento que el de un volumen cíclico, circular. Un volumen cuya última página fuera idéntica la primera” (Borges, 1984, p. 65).

Principales tópicos filosóficos en el universo ribeyriano

Los tópicos filosóficos son una constante en la literatura canónica universal. En la literatura ribeyriana abundan una serie de ideas constantes relacionadas con lo filosófico. En este acápite se desarrollará tres tópicos fundamentales en su universo discursivo: la soledad, la maldad congénita del ser humano y la libertad.

Un tópico fundamental en la obra de Julio Ramón Ribeyro, muy especialmente en su narrativa corta, es la *soledad*. Para la mayoría de los escritores-filósofos irracionistas de los siglos XIX y XX, el hombre es un ser solitario por naturaleza que se ve

compelido a vivir en sociedad, obligado a soportar la coexistencia con los otros y destinado a someterse a la mirada axiológica del grupo. Así, de acuerdo con este discurso el ser humano es un ente que se animaliza debido a su aislamiento (Franz Kafka), un ser condenado a la soledad marginal a causa de la miseria económica (Fedor Dostoievski), un sujeto que se autoexilia del mundo a la manera de un lobo solitario (Hermann Hesse) y un individuo que se sumerge en la soledad como víctima de un mundo paradójico (Samuel Beckett).

Julio Ramón Ribeyro también se declaró partidario acérrimo del individualismo: “Soy un individualista feroz y probablemente anacrónico, incapaz de integrarme a un partido político, grupo, asociación” (*Las respuestas del mundo*, 2015, p. 79). Asimismo, estaba convencido de que el colectivismo no resolvía la condición esencial solitaria del ser humano. Así, el 4 de abril del año 1970 escribió en su diario: “Reflexiones sobre la comunidad. Desde la pareja hasta la sociedad universal. Fracaso de la misma. Hombre no animal social sino animal solitario” (1993, p. 162).

Esa creencia personal en el individualismo la trasladó a su obra ficcional (narrativa, teatro, aforismos), en cuyo universo aparecen personajes similares a los ya configurados por los escritores irracionalistas de los siglos en mención. Así, por ejemplo, Arístides —protagonista de “Una aventura nocturna”—, uno de los más clásicos personajes solitarios del universo ribeyriano, posee una gran similitud con Harry Haller, el protagonista de *El lobo estepario* de Hermann Hesse. Esta similitud radica en que ambos no solo son sujetos insociables, extraños, desarraigados, melancólicos, solitarios y mediocres —“hombres enfermos del espíritu” u hombres contagiados por la enfermedad del mismo siglo, como decía Hesse—, sino también sujetos escasos de reconocimiento, uno de los valores esenciales para la vida social tal como lo plantea Francis Fukuyama en *El fin de la historia y el último hombre*.

Tanto Aristides como Haller están a la caza de la mínima consideración o de reconocimiento que los devuelva al mundo de los hombres “normales”. Así, mientras Aristides se desvive ante el más miserable gesto de saludo que alguien le concede, Haller también se siente alborozado ante un saludo que contiene una pizca de cortesía y un gramo de gentileza: “Al primer cándido saludo de un honrado hombre de bien, asentía a todo y me revolcaba como un lechón en el goce de un poquito de afecto, consideración y amabilidad” (Hesse, 1981, p. 85).

Entonces, podemos afirmar que los protagonistas de Ribeyro poseen varios rasgos de los personajes solitarios de los escritores irracionistas anteriormente aludidos; es decir, son seres aislados, lacónicos, y apáticos, cuya extrema soledad los convierte en sujetos marginales. Estas características mencionadas están presentes en Luder, en Santiago de Cárdenas y en diversos protagonistas de *La palabra del mudo*, tales como Luciano, Aristides, Alfredo, Baruch, Bel-Amir, Memo García, don Diego Santos de Molina, Silvio Lombardi, Ángel Devoto y el doctor Plácido Huamán. A estos hombres que se desempeñan como escritores, semilúmpenes, empleados, jubilados, obreros, aristócratas y dementes, respectivamente, no es su oficio o profesión o su condición lo que los convierte en seres solitarios, sino su frustración a la hora de enfrentarse a una sociedad otrificante, a una sociedad que discrimina, segrega y marginaliza a los seres humanos por motivos económicos, sociales, culturales o estéticos.

Para muchos de sus personajes la soledad no es un premio, sino una condición marginal que deben de soportar para poder gozar de una ínfima libertad. Los cánones sociales, culturales, raciales y estéticos del discurso hegemónico de la sociedad los condena no solo la marginalidad, sino también una existencia intrascendente y vacía. De esa manera, los miserables, los parias, los solterones, los viejos, los feos, los dementes y los fracasados son otrificados por el discurso hegemónico, expulsados

del mundo oficial y condenados a vivir una existencia insípida en un mundo marginal.

Por eso, la mayoría de los personajes que pululan en su universo ficcional son seres solitarios, apegados a un rígido individualismo que muchas veces los condena a la marginalidad. El 13 de enero de 1976, anota en su diario: “El mundo de mis libros, [...], es un mundo más bien sórdido, defectista, donde no ocurre nada grandioso, poblado por pequeños personajes desdichados, sin energía, individualistas y marginados, que viven fuera de la historia, de la naturaleza, de la comunidad” (1995, p. 62).

Entre los más importantes, podemos mencionar a los personajes de los cuentos “Por las azoteas” (1956), “Una aventura nocturna” (1958), “De color modesto” (1961), “Bárbara” (1972), “Los cautivos” (1971), “Nada que hacer, *monsieur* Baruch” (1967), “La estación del diablo amarillo” (1960), “La primera nevada” (1960), “Las cosas andan mal, Carmelo Rosa” (1971), “Tristes querellas en la vieja quinta” (1974), “Alienación” (1971), “El marqués y los gavilanes” (1977), “Silvio en El Rosedal” (1976), “El embarcadero de la esquina” (1977), “La juventud en la otra ribera” (1969), “Solo para fumadores”, “Ausente por tiempo indefinido”, “La señorita Fabiola” (1976), etcétera. Los protagonistas y algunos otros personajes de estos relatos son condenados a la soledad debido a su pobreza, su desfavorable ubicación en la jerarquía social, su edad avanzada, su opción sexual, su extracción social, su estado civil, sus rasgos étnicos, su estado mental y su apariencia personal.

Otro tópico es la idea de la *maldad congénita del ser humano*. El irracionalismo adoptó algunas ideas de la doctrina de Thomas Hobbes y algunos aspectos de la Teoría de la evolución de Charles Darwin. De ambos tomó la noción del hombre como ser esencialmente animal y, del último, la idea de la existencia humana como una lucha por la supervivencia. Entonces, de acuerdo con esta perspectiva, el hombre es —en el fondo— un ser irracional regido y movido por fuerzas ocultas e

incomprensibles que lo convertía en un ente cuya maldad esencial es imprevisible. Y así como la doctrina de Hobbes sirvió para justificar, en su momento, la propuesta conservadora de un Estado autoritario que controlara por la fuerza los arrebatos congénitos del hombre, la visión irracionalista sirvió también para justificar el proyecto fascista cuyo desenlace ya es conocido en la historia.

Al igual que los irracionalistas, Julio Ramón Ribeyro también creía en la maldad congénita del ser humano. Así, por ejemplo, en uno de los fragmentos de *Prosas apátridas*, manifiesta: “Desde la antigüedad hasta nuestros días, existe un denominador común en el hombre: la crueldad. Esta no ha disminuido en nuestra época” (1978, p. 50).

Y el 29 de julio de 1975 anota en su diario: “Por más que tendamos hacia la bondad o hacia la perfección, no podemos evitar a veces pequeños actos de crueldad o de malevolencia” (1995, p. 38). Esa misma concepción la expresa en una entrevista con Lorena Ausejo en el año 1993: “no creo que haya sistema social, por perfecto que sea, que pueda hacer desaparecer los defectos congénitos del ser humano, la envidia, el egoísmo...” (*Las respuestas del mudo*, 2015, p. 273). Sobre esta misma idea, en su novela *Crónica de San Gabriel*, uno de sus personajes —Leticia— reflexiona:

¿Por qué será tan mala la gente? [...]. Todos hacen daño, nada más que daño... La guerra, las revoluciones, los abusos [...]. ¿No se puede vivir en paz acaso? La gente se ofende entre sí, se pasa la vida persiguiéndose unos a otros, muchas veces por placer, sin necesidad. (p. 41)

Al parecer, la idea de la maldad congénita del ser humano, la noción del hombre como lobo del hombre de Thomas Hobbes (el *homo lupus*), que aparece en su universo ficcional, la tomó de las respuestas antropológicas-filosóficas de Schopenhauer, Nietzsche, pero, sobre todo, de las propuestas literarias de Hermann Hesse. *El lobo estepario* describe la contradicción hom-

bre-animal que se desata en el interior del ser humano pese a que ahora habita en ciudades superpobladas y modernas. Esa noción del hombre deshumanizado o animalizado aparece en varios de sus relatos, entre las que destacan “Los gallinazos sin plumas” (1954), “La tela de araña” (1953), “Escorpio” (1953), “Las botellas y los hombres” (1958), “Los moribundos” (1961), “El chaco” (1961), “Fénix” (1962), “Los cautivos” (1971), “Tristes querellas en la vieja quinta” (1974), “Alienación” (1975), “La señorita Fabiola” (1976), “El marqués y los gavilanes” (1977), “El embarcadero de la esquina” (1977), “Cacos y canes” y “El sargento Canchuca”.

De todos estos relatos fluye la idea de la sociedad como un espacio de contienda por la sobrevivencia, donde pululan gallinazos, arañas, cucarachas, escorpiones, perros y aves en general, pero también fluye la idea de la sociedad como un espacio de aislamiento, donde viven seres solitarios como Aristides, Alfredo, Luciano, Matías Palomino, Baruch, Bel-Amir, Carmelo Rosa, Memo García, la señorita Fabiola, Don Santos de Molina, Silvio Lombardi y el doctor Plácido Huamán.

En el universo de *La palabra del mudo*, donde la sociedad es representada como un espacio de contienda por la supervivencia y como un espacio de aislamiento de los individuos, pululan una serie de sujetos malos y crueles por naturaleza. Así, por ejemplo, en “La careta” (1952), en un acto de extrema crueldad los anfitriones de una fiesta le arrancan por completo la piel del rostro al protagonista para luego desecharla como un objeto sin valor en un tacho de basura. En “Los gallinazos sin plumas” (1954), dos niños recicladores son víctimas de la codicia enfermiza de su abuelo don Santos. En “Interior L” (1953), un ocioso padre de familia (el colchonero Padrón) no tiene el menor reparo en instrumentalizar a su menor hija (Paulina), pues la induce a servir como objeto sexual de un albañil (Domingo Allende) para así poder gozar del dinero obtenido por ella en sus vicios pasajeros.

Idea similar se evidencia en “Mar afuera” (1954), donde Janampa, obnubilado por su sed de venganza, no duda en tenderle una trampa a Dionisio para matarlo en pleno océano. En “Mientras arde la vela” (1953), a Mercedes no le reproduce ningún remordimiento el hecho de provocarle la muerte a su marido para asegurar el futuro de su familia. En “La tela de araña” (1953), el niño Raúl y don Felipe Santos, acosan y acechan cuales animales libidinosos a la indefensa empleada María. En “Escorpio” (1953) el niño Ramón, cegado por el afán de venganza, no tiene ningún reparo en provocarle la muerte a su hermano mayor Tobías. En “El tonel de aceite” (1953), la vieja Dorotea haciendo primar su bienestar, deja egoístamente que su sobrino se ahogue en un barril de aceite. En “Las botellas y los hombres” (1958), el resentimiento acumulado durante varios años conduce a Luciano a golpear, sin consideración alguna, a su padre.

Lo mismo ocurre en “Los moribundos” (1951), donde los personajes que pertenecen al mundo oficial o la élite, contemplan con indiferencia la agonía de dos hombres marginales (un soldado indígena peruano y un ecuatoriano). En “Por las azoteas” (1958), un escritor enfermo es desechado por su familia como un trasto humano en los altos de la casa. En “Los cautivos” (1971), el personaje-narrador descubre asombrado cómo un ex-militar del régimen nazi disfraza su oculta patología genocida al dedicarse a la crianza de aves. En “Tristes querellas en la vieja quinta” (1974), se observa cómo la coexistencia humana se convierte en un problema difícil de sobrellevar, pues los coprotagonistas Memo García y doña Francisca Morales buscan cualquier pretexto para expresarse su mutuo desprecio.

Por último, está el tópico de *la libertad*. Julio Ramón Ribeyro, como todo intelectual, también se preocupó por este problema. Así, el 16 de agosto del año 1974, escribe en una carta dirigida a su hermano Juan Antonio, lo siguiente: “un problema filosófico, el de la libertad, que es necesario repensar desde sus orígenes” (2019, p. 312). Tema ante el cual adopta una actitud pesimista como queda registrado en su epístola del 16 de junio

del año 1977: “¿es posible alcanzar esta libertad? A lo mejor es una nueva utopía, [...]. Pienso que nadie es libre, ni el presidente [...], ni el último vagabundo” (2019, p. 401).

Esta concepción de la frustración de la libertad la plasmó en su obra ficcional, en cuyo universo el hombre no es libre ya sea por la intervención del destino (“La encrucijada”), el azar (“El banquete” y *Cambio de guardia*), la naturaleza (“La mollicie”) o el determinismo económico (“La tela de araña”, “Los gallinazos sin plumas”, “Al pie del acantilado”, “La estación del diablo amarillo”). Sin embargo, en el mundo ribeyriano, los factores que limitan fundamentalmente la libertad humana no son tanto los mencionados anteriormente, sino la otrificación constante, la convencionalización permanente y la desontologización continua. En este sentido, estos tres últimos fenómenos, son los que verdaderamente limitan la libertad en su universo representado.

El ser humano de Ribeyro no puede ser libre porque la mirada de los otros lo juzga y lo acosa, pero, sobre todo, no puede ser libre por los convencionalismos sociales que lo atan al modelo identitario hegemónico, a la apariencia y a los cánones estéticos propuestos por el mencionado discurso. Es así que sus personajes se ven sometidos a la opinión de los demás en la forma de rumor, de la habladuría estereotipante (tal como se aprecia en “El caudillo”, “La botella de chicha”, “Los merengues”, “El profesor suplente”, “Una aventura nocturna”, “Bárbara”, “Los españoles”, “Una medalla para Virginia”, “Un domingo cualquiera”, “Sobre los modos de ganar la guerra”, “Tristes querellas en la vieja quinta”, “El marqués y los gavi-lanes”, “Silvio en El Rosedal”, “El embarcadero de la esquina”, “La juventud en la otra ribera”, “Las tres gracias”, “El señor Campana y su hija Perlita”, “El sargento Canchuca”, “Tía Clementina”, *Santiago, el pajarero* y *Cambio de guardia*). También al juicio otrificante realizado a través del racismo (presente en “Los moribundos”, “La piel del indio no cuesta caro”, “De color modesto”, “El chaco”, “Fénix” y “Alienación”).

Estos individuos sufren los efectos de la discriminación, la segregación y la marginalización como factores determinantes para el menoscabo y la eliminación de su libertad, pero no hacen casi nada para impedirlo, a lo sumo se refugian —algunos— en lo que hemos llamado una actitud rebelde, un comportamiento individualista parecido al del hombre rebelde camusiano, que busca en la existencia el refugio ideal para su ser y en la rebeldía existencial la máxima expresión de la libertad personal. Al respecto su alter ego, manifiesta: “La libertad, por desgracia, no se puede compartir —dice Luder—. Toda compañía, por agradable que sea, implica una concesión. Solo pueden ser libres los solitarios” (2018, p. 52).

En suma, en el universo ficcional ribeyriano, los seres humanos son seres cautivos de la mirada de los demás, son seres prisioneros de los cánones del discurso hegemónico oficial y, fundamentalmente, son seres encadenados al proceso de otrificación permanente al que son sometidos. La libertad colectiva es un fracaso y, por ello, solo le queda al hombre, como único bastión irreductible, la soledad individual.

Conclusiones

1. Los principios y tópicos filosóficos forman parte del corpus discursivo del universo ribeyriano. Constituyen parte de su visión del mundo y el de su literatura, pues a través de ellas estructuró su universo representado. Asimismo, se ha demostrado que existe el influjo del irracionalismo filosófico-literario, pues esa impronta está en la concepción de la vida humana regida por fuerzas oscuras, caóticas e incomprensibles; así como el rol del azar, el destino, la voluntad como fuerzas incontenibles que controlan, regulan y limitan la libertad del hombre.
2. La sociedad configurada en la narrativa corta de Julio Ramón Ribeyro es un espacio donde la maldad es una constante y donde la crueldad es parte inexplicable y congénita

de la naturaleza humana. Así, en este universo, se desplazan homicidas, estafadores, codiciosos, lujuriosos, vividores, ladronzuelos, celosos compulsivos, psicópatas, racistas, explotadores inmisericordes y chismosos; hecho que también se extiende a sus novelas y su teatro, donde, del mismo modo, pululan asesinos, felones, delatores, dogmáticos, fanáticos, acosadores y abusivos.

3. En su universo representado, los marginales, los débiles, al ser afectados por las relaciones de poder, no solo son otrificados, sino que también son condenados a una vida social vacía y a una existencia ontológica intrascendente. Por esta razón, en la mayoría de los casos, en su universo fracasa la razón, la verdad, la libertad, la comunicación y la coexistencia humana. De esta manera, los individuos son golpeados con brutalidad por el destino, pero también por el azar y son abandonados a una existencia sin sentido (atrapados en un espacio amodorrado y en un tiempo circular), condenados a vagar por la ciudad como seres solitarios, angustiados, apáticos, desapasionados, distantes y frustrados.

Referencias bibliográficas

- Borges, J. (1980). *Nueva antología personal*. Barcelona: Editorial Bruguera, S.A.
- Borges, J. (1984). *Ficciones*. Bogotá: Oveja Negra.
- Camus, A. (2008). *El extranjero*. Madrid: Alianza Editorial.
- Coaguila, J. (2008). *Ribeyro, la palabra inmortal*. Iquitos: Tierra Nueva Editores.
- Coaguila, J. (2015). *Las respuestas del mudo*. Lima: Revuelta Editores.
- Gutiérrez, M. (1988). *La Generación del 50: Un mundo dividido*. Lima: Sétimo ensayo 1.
- Hesse, H. (1981). *El lobo estepario*. Madrid: Alianza Editorial.
- Nietzsche, F. (1996). *Así habló Zaratustra*. Madrid: Editorial Trotta. S.A.

- Ribeyro, J. (1978). *Prosas apátridas aumentadas*. Lima: Editorial Milla Batres.
- Ribeyro, J. (1992). *La tentación del fracaso I*. Diario personal. 1950-1960. Lima: Jaime Campodónico Editor.
- Ribeyro, J. (1993). *La tentación del fracaso II*. Diario personal. 1960-1974. Lima: Jaime Campodónico Editor.
- Ribeyro, J. (1995). *La tentación del fracaso III*. Diario personal. 1975-1978. Lima: Jaime Campodónico Editor.
- Ribeyro, J. (2001). *Crónica de san Gabriel*. Lima: Peisa.
- Ribeyro, J. (2010). *La palabra del mudo*. (Edición definitiva). Barcelona: Seix Barral.
- Ribeyro, J. (2017). *Teatro completo (1960-1992)*. Lima: Revuelta Editores.
- Ribeyro, J. (2017). *Cambio de guardia*. Lima: Revuelta Editores.
- Ribeyro, J. (2018). *Dichos de Luder*. Lima: Revuelta Editores.
- Ribeyro, J. (2019). *Cartas a Juan Antonio*. Lima: Revuelta Editores.